

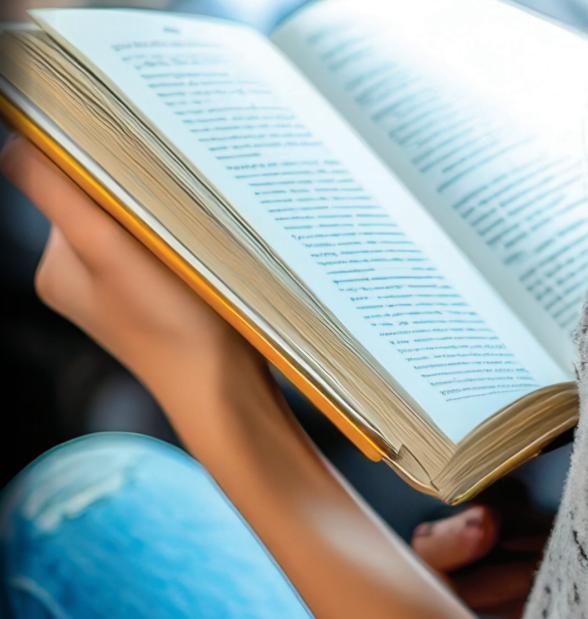


Colección del **MiRADOR**

Cuentos para leer de un tirón

Antología para
el ciclo básico de la
escuela secundaria

SAKI, BRADBURY,
ANDRUETTO, TIZÓN
Y OTROS



Colección del **MiRADOR**

Cuentos para leer de un tirón

Antología para el
ciclo básico de la
escuela secundaria

PABLO DE SANTIS

FABIÁN CASAS

HÉCTOR TIZÓN

SEBASTIÁN VARGAS

MARÍA TERESA ANDRUETTO

SAKI

MARIANA ENRIQUEZ

RAY BRADBURY

HÉCTOR G. OESTERHELD



cántaro

Colección del
MiRADOR

Coordinadora de literatura: Karina Echevarría

Compiladores y autores de secciones especiales: Diego Di Vincenzo, Andrea Sabarís y Mónica Jurjevcic

Corrector: Mariano Sanz

Jefa de Arte: Natalia Bellini

Diseñadora: Ana G. Sánchez

Cuentos para leer de un tirón : antología para el ciclo básico de la escuela secundaria /
Sebastián Vargas ... [et al.] ; Compilación de Diego Di Vincenzo. - 1a ed. - Boulogne :
Cántaro, 2026.

112 p. ; 19 x 14 cm. - (Del Mirador / ; 274)

ISBN 978-950-753-683-0

1. Antología de Textos. I. Vargas, Sebastián II. Di Vincenzo, Diego , comp.
CDD A860

© Editorial Estrada S. A., 2026

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar / www.masquelectura.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-683-0

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Puertas de acceso

¿Qué es un cuento?

Los cuentos vienen desde tiempos muy lejanos, cabalgando de generación en generación. A través de ellos, las personas compartieron advertencias, se rieron de sus miedos, imaginaron mundos mejores o intentaron enseñar algo importante a los más jóvenes. Aunque hoy estamos acostumbrados a leerlos en libros, durante siglos fueron contados en voz alta, y cada narrador le sumaba su propio estilo, cambiaba algunos detalles o los adaptaba al público que tenía adelante.

Justamente por eso, muchos cuentos clásicos tienen más de una versión. Por ejemplo, en algunas variantes de “Caperucita Roja”, la protagonista y su abuela son salvadas por un leñador; en otras, logran escapar por sus propios medios o directamente no sobreviven. Estas diferencias no son errores: son el resultado de una forma de transmisión oral, colectiva y siempre cambiante, que permitía que cada historia se transformara con el tiempo y se mantuviera viva en la memoria de quienes la escuchaban.

Ahora bien, mucho antes de que existiera el cuento moderno que hoy conocemos, ya circulaban por Europa distintos tipos

de relatos breves. Entre los siglos XII y XV, en plazas, caminos, iglesias o castillos, se contaban historias que, aunque todavía no se llamaban “cuentos”, ya tenían una estructura reconocible: empezaban con una situación inicial, presentaban un conflicto y terminaban con un final que resolvía la trama, a veces con un giro inesperado o con una enseñanza clara.

Entre estas formas antiguas se destacan los *exempla*, relatos usados por los predicadores para explicar ideas religiosas o reforzar normas de conducta. Uno de los principales recopiladores de *exempla* fue Jacques de Vitry, un clérigo francés del siglo XIII. En sus historias se encuentran personajes como un ladrón que, después de soñar con el castigo que le esperaba en el más allá, decide abandonar el crimen y entrar a un monasterio.

También eran muy populares los *fabliaux*, narraciones breves y cómicas que circulaban en la Francia medieval. A menudo eran groseras o exageradas, y se burlaban de figuras poderosas como jueces, curas o maridos engañados. Muchos empezaban con fórmulas como “Érase una vez...” y terminaban con un final ingenioso que dejaba al público sorprendido y entretenido. Algunos de estos relatos fueron escritos por poetas como Rutebeuf, que encontraba en el humor una manera de criticar las reglas o costumbres de su época.

Con el paso del tiempo, algunas de estas formas narrativas comenzaron a escribirse y a adquirir un valor más artístico. Un ejemplo importante es el *Decamerón*, escrito por Giovanni Boccaccio en el siglo XIV. En este libro, un grupo de jóvenes que huye de la peste se refugia en una casa de campo y, para entretenerse, se turna para contar historias. Así aparecen cien relatos breves, inspirados en la vida real, narrados con intención literaria y firmados por un autor. Aunque todavía no existía la idea de “cuento” como género separado, el *Decamerón* marcó un paso clave hacia ese camino.

Sin embargo, fue recién a partir del siglo XIX cuando el cuento literario moderno empezó a consolidarse como una forma artística autónoma. A diferencia de los relatos orales o los textos medievales, este nuevo tipo de cuento fue pensado para la lectura silenciosa, escrito por autores reconocidos, con una estructura más cuidada y un estilo que buscaba generar un impacto en pocas páginas. Desde entonces, el cuento dejó de ser solo un ejemplo moral o un chiste popular, y se transformó en una obra de ficción completa, con valor propio dentro de la literatura.

El arte de contar en pocas palabras

El cuento literario es una narración breve que presenta una historia completa en no muchas páginas. Por lo general, incluye pocos personajes, una situación central y un desenlace que da cierre. A diferencia de las historias tradicionales, que se transmitían oralmente y cambiaban con el tiempo, el cuento moderno es escrito por un autor, firmado, y pensado como una unidad que no se modifica. En términos generales, su estructura se organiza en tres momentos: una situación inicial estable, una ruptura que altera ese equilibrio, y una serie de acciones que buscan resolver el conflicto. Por ejemplo, una rutina común puede interrumpirse por un suceso inesperado, y esa interrupción desencadena un cambio que transforma el sentido de todo lo anterior.

Ahora bien, lo que diferencia al cuento de otros géneros narrativos más largos, como la novela, es su **economía expresiva**: la capacidad de decir mucho con pocos elementos. Cada palabra, cada acción y cada detalle cumplen una función precisa. Además, el cuento se sostiene sobre una **tensión constante**: desde el inicio se crea una expectativa que impulsa la lectura hasta el final, casi de un solo tirón. Gracias a esa concentración, el

relato adquiere una **intensidad particular**: todo está cargado de sentido, y nada puede estar de más.

Para comprender mejor las características del cuento, es útil compararlo con la novela. La novela es una narración extensa, con múltiples personajes, varios conflictos y mayor desarrollo. A diferencia de este género, el cuento se define por su capacidad para decir mucho con pocos elementos. Trabaja con la **condensación**: reúne lo esencial y deja afuera todo lo accesorio.

La construcción de la tensión narrativa

Uno de los rasgos más importantes del cuento literario es su capacidad para generar y sostener tensión. ¿Cómo se construye esa sensación? A través de decisiones precisas sobre qué contar, cómo contarla y en qué momento revelar cierta información. Por ejemplo, una mujer comienza a sentirse débil y se enferma sin que nadie entienda la causa. Todo parece normal al principio, pero lentamente aparecen señales inquietantes: palidez, alucinaciones, una extraña pasividad. Esa transformación lenta, casi imperceptible, mantiene al lector en alerta. Solo en la última línea se descubre la causa verdadera: un parásito oculto en la almohada estaba absorbiendo la sangre de la protagonista. Este final inesperado reordena todo lo anterior y le da un nuevo sentido. Esto sucede en “El almohadón de plumas”, del gran cuentista rioplatense Horacio Quiroga.

Otro recurso para lograr la tensión narrativa es la duración, es decir, el tiempo que el relato dedica a cada parte de la historia: cuanto más se demora la acción, más crece la expectativa. También puede ocurrir que un cuento repita un hecho varias veces hasta que ese hecho queda fijado en la memoria del lector. Esto se llama frecuencia. Por ejemplo, en un cuento de esta antología,

“La casa de Adela”, de Mariana Enriquez, el narrador menciona varias visitas a una casa abandonada, pero todas esas experiencias se reúnen en una sola escena. Esa concentración provoca una atmósfera obsesiva: parece que todo gira en torno a una imagen cargada de misterio. Además, hay cuentos que deciden omitir o no contar partes importantes para explicar la historia. Esa omisión se llama elipsis.

Otra forma de generar tensión es jugar con el orden en que se cuentan los hechos. A veces, los sucesos no se presentan en el mismo orden en que ocurrieron, sino que el narrador los reorganiza para crear un efecto más fuerte. En vez de seguir un orden cronológico (primero A, después B, después C), el relato mezcla tiempos: va del presente al pasado, y después vuelve al presente. La tensión del relato no viene de no saber qué va a pasar, sino de entender por qué y cómo pasó lo que ya sabemos desde el principio. Esa reorganización del orden permite que el final tenga más eficacia, porque todo el cuento cobra un nuevo sentido cuando leemos la última frase.

Lo que se ve y lo que se esconde: las dos historias

Ahora bien, además de estos recursos formales, hay un principio que permite comprender el funcionamiento profundo de muchos cuentos. El crítico argentino Ricardo Piglia propuso que todo buen cuento cuenta dos historias a la vez. Una es la historia visible, la que se presenta desde el comienzo: lo que hacen los personajes, lo que les ocurre, lo que dicen. La otra es la historia secreta, que se esconde en los intersticios del relato y que solo aparece después, cuando un detalle, una frase, un gesto, un silencio nos obligan a releer lo anterior desde otra perspectiva. Lo más interesante es que esa segunda historia no se narra aparte, sino que se cifra dentro de la primera.

El país donde nunca se muere

AUTOR ANÓNIMO, CUENTO
POPULAR ITALIANO

Un día dijo un joven:

—A mí esta historia de que todos deben morirse no me gusta nada. Quiero ir en busca del país donde nunca se muere.

Saludó al padre, a la madre, a los tíos y a los primos, y se fue.

Caminó durante días, caminó durante meses, y a todo el que encontraba le preguntaba si sabía dónde estaba el lugar donde nunca se moría; pero nadie sabía. Un día se encontró a un viejo con una barba blanca hasta el pecho, que empujaba una carretilla llena de piedras. El anciano le preguntó:

—¿No quieres morir? Quédate conmigo. Hasta que yo termine de transportar con mi carretilla toda la montaña, piedra por piedra, no morirás.

—¿Y cuánto calcula que le pondrá?

—Cien años.

—¿Y después debo morir?

—Y claro.

—No; no es este el lugar que busco; quiero ir a un lugar donde no se muera nunca.

Saludó al viejo y siguió adelante. Tras mucho caminar llegó a un bosque tan grande que parecía no tener fin.

Había un viejo con la barba hasta el ombligo, que cortaba ramas con un honcejo.

—Discúlpeme —dijo el joven—, ¿me puede decir dónde queda un lugar donde uno no se muere nunca?

—Quédate conmigo —le dijo el viejo—. No morirás hasta que haya podado todo el bosque con mi honcejo.

—¿Y cuánto tardará?

—Y... como doscientos años.

—¿Y después tengo que morir igual?

—Seguro, ¿no te alcanza?

—No; no es este el lugar que busco; busco un lugar donde uno no muera nunca.

Se despidieron y el joven siguió adelante. Meses después llegó a orillas del mar. Había un viejo con la barba hasta las rodillas, que miraba a un ánade que bebía agua del mar.

—Discúlpeme, ¿sabe dónde queda un lugar donde uno nunca muere?

—Si tienes miedo a morir, quédate conmigo. Mira: hasta que este ánade termine de secar el mar con el pico, no morirás.

—¿Y cuánto tiempo le llevará?

—A ojo de buen cubero, unos trescientos años.

—¿Y después tengo que morir?

—¿Y qué quieres? ¿Cuántos años quieres librártela?

—No, este tampoco es lugar para mí; debo ir allá donde nunca se muere.

Reanudó el viaje. Un atardecer llegó a un magnífico palacio. Golpeó y le abrió un viejo con la barba hasta los pies:

—¿Qué deseas, muchacho?

—Estoy buscando el lugar donde nunca se muere.

—Muy bien, has acertado. El lugar donde nunca se muere es aquí. Mientras estés conmigo, estarás seguro de no morir.

—¡Al fin! ¡Di tantas vueltas! ¡Este es justo el lugar que buscaba! ¿Pero a usted no le molesta que me quede?

—Al contrario, me alegra; así me haces compañía.

De modo que el joven se instaló en el palacio con el viejo y hacía vida de señor. Pasaban los años sin que uno se diera cuenta: años, años y años.

Un día el joven le dijo al viejo:

—La verdad es que estoy muy bien aquí con usted, pero tendría ganas de ir a visitar un poco a mis parientes.

—¿Pero qué parientes quieres ir a visitar? A esta altura ya estarán todos muertos.

—En fin, ¿qué quiere que le diga? Tengo ganas de ir a visitar mi aldea y quién sabe si no me encuentro con los hijos de los hijos de mis parientes.

—Si de veras se te metió esa idea en la cabeza, te enseñaré lo que tienes que hacer. Ve a la cuadra, toma mi caballo blanco que tiene la virtud de correr como el viento, pero ten presente que nunca debes bajarte de la silla por ninguna razón; porque si lo haces te mueres en el acto.

—No desmontaré, quédese tranquilo, ¡tengo mucho miedo de morir!

Fue a la cuadra, sacó el caballo blanco, lo montó y corrió como el viento. Pasó por el lugar donde había encontrado al viejo con el ánade: donde estaba el mar ahora había una gran pradera. Siguió su camino. Donde estaba el gran bosque que el viejo debía podar con su honcejo, todo estaba desnudo y ralo: no se veía ni un árbol. Pasó por el lugar donde estaba la gran montaña que un viejo debía deshacer piedra por piedra: ahora había una llanura plana como una mesa de billar.

Al fin llegó a su aldea, pero estaba tan cambiada que no pudo reconocerla. Buscó su casa, pero no estaba ni siquiera la calle. Preguntó por los suyos, pero nadie escuchó jamás su apellido. Se sintió mal. “Más vale que me vuelva enseguida”, se dijo.

Hizo girar el caballo y emprendió el regreso. Aún no había hecho la mitad del camino cuando se encontró con un carrero que conducía un carro lleno de zapatos viejos, tirado por un buey.

—¡Por caridad, señor! —dijo el carrero—. Baje un momento y ayúdeme a poner esta rueda, que se me salió del eje.

—Estoy apurado, no puedo bajar de la silla —dijo el joven.

—Hágame el favor, mire que estoy solo y ya anochece...

El joven sintió piedad y desmontó. Aún tenía un pie en el estribo y otro en tierra, cuando el carrero le aferró un brazo y le dijo:

—¡Ah! ¡Al fin te agarré! ¿Sabes quién soy? ¡Soy la Muerte! ¿Ves todos estos zapatos rotos que hay en el carro? Son los que me hiciste gastar para perseguirte. ¡Ahora caíste! ¡Todos deben terminar en mis manos! ¡No hay salida!

Y también al pobre joven le llegó la hora de morir.

Los cuentos vienen de tiempos muy lejanos. Llegan a nosotros con pocas palabras y una historia que contar. Nos acercan una voz nueva y original, y el deseo de escuchar más y más.

Esta antología para los estudiantes de los primeros años de la escuela secundaria pretende ofrecer un abanico de autores, temáticas y subgéneros para adentrarse en uno de los géneros literarios más visitados por autores y lectores.

Colección del **MiRADOR**

